

***Dr. Luis Papagno***

### **Retorno Imposible**

*-Que te ... ¡¿qué!!???*

*-Que me cubras una guardia, para mañana domingo, por favor...*

*-Pero... ¿vos sabes cuanto tiempo hace que no hago guardias?*

*-Sí, pero también sé cómo te gustaba hacerlas; no me puedes fallar. Me había olvidado que le prometí a Claudia irnos el fin de semana. Es nuestro aniversario de casamiento y no puedo conseguir reemplazo sobre la marcha. Además, vos siempre decís que aquella fue la mejor época de tu vida...*

*- Si, pero...*

*- Hasta mañana... no te olvides, por favor.*

Sus fines de semana estaban en blanco. Quizás fuera una oportunidad para que recobraran sentido, aunque sea por un sólo día.

Ya no estaba Adri. La vida se había devaluado después de su partida. Sus hijos habían emigrado en busca de nuevos horizontes. Su consultorio le servía de refugio. Solo salía de él una vez que la luz abandonaba el día. La noche no tenía tiempo.

*-Hola, ¿Mario? Habla Rodolfo... ¿a qué hora tengo que estar?*

Desarmó el bolso del club y colocó en él los elementos que le harían falta. La sensatez le indicaba que debía estar descansado para afrontar la guardia. Ya no era un pibe y un día sin dormir era un desafío que no estaba seguro de superar.

Estaba tanto o más nervioso que en la antesala de su primera guardia, cuando practicante. Aquella vez podía preguntar lo que no sabía; ahora, ya estaba “de vuelta”. La noche se le hacía muy larga; su corazón latía en forma irregular. Al día siguiente tendría una cita con el pasado. No se atrevió a tomar los sedantes de siempre. Tenía miedo de quedarse dormido. Encendió la radio- reloj, dispuesto a dejarse seducir por las voces en la oscuridad. Seleccionó “sleep” y se abrazó a la almohada, única compañera de sus insomnios. La radio lo abandonó una hora después.

Se anunció ante el médico Jefe, quien intentó ocultar su sorpresa por ver ante sí a un hombre canoso. Instalado ya en la habitación se recostó sobre la cama y dejó vagar su mirada. El reloj de pared anunciaba las horas que faltaban para terminar la guardia. Le pareció que debían cambiarle las pilas, porque no se movían nunca. El paisaje no era el mismo de sus años jóvenes; los palos borrachos del parque habían

sucumbido ante el ímpetu del progreso. Hasta la lluvia le parecía distinta; él tampoco era el mismo.

En ese mismo hospital había aprendido los palotes de la medicina. En aquella época lo veía imponente; ahora le parecía apenas un poco más que una Sala de Primeros Auxilios. Se puso el ambo de guardia, miró su imagen en el espejo y solicitó a la mucama un talle más grande. Intentó descansar. No pudo. Extrañaba el olor; sí, el olor de las sabanas. Ya no era el mismo. ¿Cómo era posible que se acordara de ese olor? Nada era igual. ¡Cuánto tiempo... cuánta nostalgia! Pensó que sus lentes estaban empañados, pero no... sólo sus ojos lo estaban.

*¡ Doctor... urgente a partos... por favor!*

Había que operar, ya. En diez minutos tenía reunido el equipo.

-*¡Guantes 8, por favor!* - Su voz no temblaba. Las órdenes reemplazaron a los pedidos. Quirófano pasó a ser otra vez un barco en la tormenta; había un sólo capitán, y éste era él. El trazo firme, la precisión en los tiempos, la armonía de sus dedos lo hicieron sentir otra vez vivo

- *...pinza... otra... punto... ¡¡ éste porta no sirve!!!*

- *Siempre igual Doctor... Nos ponemos viejos, pero no cambiamos...*

Esos ojos... conocía esos ojos; no había barbijo que apagara ese brillo...

-*Vos sos...*

-*Sí. Y vos sos el mismo de siempre...*

Sus manos perdieron bruscamente su destreza. Dejó en manos del ayudante la sutura de la piel. Se quitó el barbijo; hacía muchos años que había dejado de fumar, pero ¡tenía tantas ganas de hacerlo en ése momento! Sin la ropa de quirófano, Cecilia era tan hermosa como siempre...

- *¿Qué haces de guardia? Pensé que ya no estabas más en el Hospital. Supe que te habías casado...*

-*Sí, me casé, pero luego me separé; después de todo, vos también te casaste... con Adriana, ¿no? También me enteré lo que sucedió después, lo siento mucho... bueno, aquí me ves. Ahora soy Jefa y los domingos - especialmente si llueve como hoy - me doy una vuelta por el Hospital, a ver como van las cosas.*

Rodolfo prefería no recordar. Cuando se conocieron, ambos necesitaban amar imperiosamente, pero Rodolfo comprendió con Ceci que amor y felicidad no son sinónimos. Ella eligió y no fue a él Pero algo había cambiado en el rostro de Cecilia;

quizás el armazón de sus lentes... Su perfume tampoco era el mismo: Nada era lo que entonces.

*- Te olvidaste de hacer el parte quirúrgico... como siempre.*

*- Y vos me lo reclamás... como siempre.*

Con la misma letra ilegible de otrora, Rodolfo escribió un extraño protocolo:

*“Algún día, si mis ojos al verte ya no brillan y tu nombre, tu querido nombre, es sólo una seca flor en el libro del recuerdo, para tenerte presente deberé rescatarte del pasado. Si lo que temo sucede, si la alegría ya no está y es el dolor el que regresa, entonces, sólo entonces, sabré que el amor ya se ha ido”*

Se refugió en su habitación; se tiró sobre la cama sin quitarse el ambo. El reloj de pared con publicidad de laboratorio seguía señalando las horas, pero ésta vez le pareció que se apuraban demasiado. Le anunciaban que el encanto se terminaba. Que su regreso a la juventud había sido ilusorio. Que el tiempo pasa, inasible. Que “su” tiempo de guardia ya fue; que sólo lo volverá a encontrar en lo más recóndito de su alma, en el desván de las cosas idas.

El bullicio que se oía llegar desde la planta baja le hacía sentir que el día lunes le abría un surco en el pecho. Le quedaba el consuelo de haber saldado una deuda con el pasado.

7:30, hora de irse. El relevo estaría por llegar Intentó afeitarse. No pudo. El espejo del botiquín mostraba las huellas de un rouge idéntico al que daba color a los labios de Cecilia. Le pareció leer: "*Rodo, aun te amo*"

El timbre del teléfono lo despertó, desconcertándolo. Barba crecida, el mismo pijama, bolso sin desarmar... los números luminosos de la radio reloj le avisaron que eran las seis y cuarto de la mañana. El contestador telefónico, puesto en automático, no le dio tiempo a defenderse.

*-Hola!... Rodolfo?...Habla Mario... perdoná que te despierte. Te llamo temprano antes que salgas para la guardia. Anoche discutimos con Claudia, así que suspendimos la salida para hoy, domingo... no hace falta que me cubras, voy yo... gracias igual... nos hablamos...*

Rodolfo nunca tardó tanto para desarmar el bolso del club...